

# LOS DOS CAMINOS

Por FELIX FERRER GIMENO

*A José Martínez Ruiz, «Azorín», admirado maestro*

**P**ARA crear es necesario excitar la sensibilidad—dice Saldaña.

Está sentado y su cabeza se apoya en el respaldo de un sillón extensible, cómodo. La meditación en Saldaña es un rito; precisa que su cuerpo se relaje, que se paralicen todos sus miembros. «El cerebro —suele decir—trabaja mucho mejor».

Marcela, en el balcón, sujeta cuidadosamente una colgadura azul celeste.

—Señorito—dice—, ya llegan.

En la calle, gentes de la montaña, de pueblos remotos, venidos a la ciudad en peregrinación. Danzas primitivas animan la procesión callada y penitente. Saldaña, ha dejado de pensar. Cierra la puerta y sale; está en la calle. Clero, seminaristas, cánticos, oración. Sobre una peana, rica en filigrana de plata, el santo. Gutiérrez Solana hubiera recogido, en enorme lienzo, su paso. La chiquillería sigue detrás a los músicos. La procesión termina.

Saldaña se ha quedado solo, no sabe qué hacer. El drama íntimo de Saldaña es no saber qué hacer, qué camino tomar, decidirse.

La vida de nuestro joven escritor, Saldaña quiere serlo, transcurre en una pequeña capital de provincia. Algunas veces, pocas, viaja; cuando no, vive retirado en una pequeña finca que le dejaron sus padres. Marcela, su ama, cuida de ella y de él. El orden en Saldaña es desorden. Marcela no siente curiosidad por saber qué dicen sus libros amontonados en sillas y mesas.

—Mi señorito—decía Marcela a una comadre—no es tan raro como se imaginan por ahí. Su único defecto es que siempre está con los libracos, por lo demás, es muy bueno; no dice nunca nada... Ayer mismo me regaló un vestido.

—¿Un vestido?

—Sí, ¿qué pasa? Se empeña en que voy hecha un asco y ya ves, no es para tanto... Una va, como puede.

Saldaña ha entrado en la iglesia. Se está celebrando una misa solemne, la de los peregrinos. Hacía tiempo que no iba a la iglesia. El resplandor de las luces y el murmullo de las oraciones le impresionan. En el púlpito, una voz dice: «...y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con el ímpetu contra la tal casa; mas no fue destruída porque estaba fundada sobre piedra». Termina la ceremonia religiosa, nuevamente solo, pero ahora de rodillas y ante el santo de la devoción. Una angustia le aprisionaba. Frente a él, en el portalón grande que da acceso al templo, Rodrigo, un viejo conocido.

—Preciso crear, recoger en una obra, el extraordinario espectáculo de la vida, con su angustia—le dice.

—Todo hombre debe de tener el sentido de su medida—Saldaña.

—¡El sentido de su medida!

Rodrigo tiene prisa; se separa del escritor. Saldaña vaga unas horas por la ciudad. Al atardecer, sin haber comido, regresa a casa. Encima de su mesa de trabajo hay una reproducción de «La lucha del amor», de Picasso. El amor ha inquietado siempre al joven escritor. Teme la brutalidad física a que cualquier mujerzuela pueda robarle el alma. Saldaña es sensible, entero a veces.

—El cartero ha dejado esto —le dice Marcela.

Es una obra de Kierkegaard. La abre, lee: «Tú, solitario, tú que te sientes solo como una barca en altísima mar, tú eres mi hermano». Vuelve a leer: «...tú eres mi hermano». La deja, coge el papel y escribe: «Angustias». Subraya la palabra.

—¡Marcela!—llama.

El verdadero placer está en la sabiduría, pero surge la vanidad cuando el sabio cree en su propio genio. Tacha lo escrito.

—¿Has sentido alguna vez angustia?—dice a Marcela, que acaba de entrar.

—¿Eso que ahoga y no deja respirar?

—No, mujer...

—Recuerdo, señorito, cuando era pequeño. Su padre solía decir que lloraba mucho.

—¡Ya lo sé, ya lo sé!

—¿Has leído esto, Marcela?: «Las alas del tiempo son blancas y negras».

—No, señorito. ¡Qué cosas me dice! No olvide que mañana viene don Ismael.

—Comeremos fuera, no prepares la mesa.

Marcela salió de su despacho sin decir nada.

A la una menos cinco, Saldaña estaba en la estación. Vestía chaqueta de lana gris y pantalón de paño del mismo color. A la una y quince minutos, Ismael Losada descendía de un vagón de segunda clase. No hubo precipitación en los saludos; la gente estacionada en el andén dificultaba el paso. Los dos amigos esperaron a que se despejara la salida.

—Siento excitación, Ismael—dijo Saldaña—. Quiero que antes de comer paseemos por las afueras de la ciudad. Necesito espacio, aire, plenitud, sosiego...

—¿Y si entrásemos primero a una taberna?

—Como quieras. Ayer estuve en el cementerio.

—En París, querido Saldaña, las tabernas son sucias; me gustan las tabernas sucias.

En la taberna, dos hombres hablan; sus facciones están definidas, como si hubieran sido talladas a golpe de cincel. No entienden lo que dicen. Beben y salen. El extrarradio de la ciudad huele a tierra mojada. Los hombres de la taberna seguramente estarían hablando de que hace falta más agua...

—Todas las ciudades viejas tienen en lo alto a la iglesia—dice Saldaña—. Es como si ésta quisiera proteger, amparar a los que moran junto a ella.

—¿Has oído hablar de Pedro Pablo?—dice Losada.

—No.

En París forma tertulias. «Picasso es ya clásico—me decía—. Hay que hacer algo, dar la campanada... La literatura y el arte están podridos».

—El paisaje aquí—dice Saldaña—es duro, árido; tierra quemada, abrasada por el sol.

Ismael Losada se para y mira la gran extensión.

En la ciudad, Saldaña propone comer en la terraza de un restaurante.

—Se come mejor—dice—, no te aprisionan los techos.

La mirada de Losada va hacia el cielo alto.

—La naturaleza cambia continuamente—dice—. ¡Qué difícil es ver estas variaciones, estos matices imperceptibles!

—Es virtud de poeta—dice Saldaña.

—Diría más bien del hombre de condición sensible.

—Lo es el poeta.

—También el escritor, el artista.

La terraza del restaurante, amplia y cuidada, da cierta voluptuosidad burguesa. Saldaña, es parco en la comida; Losada, también.

—Lo más importante es escoger los vinos—dice Losada.

Durante una hora permanecieron callados. Saldaña fue el primero en levantarse y hablar.

—Amansar las inquietudes cuando se es joven, o vivir con intensidad. Dos posturas, dos caminos—dice a Losada.

—El arte, ahora, no hace ninguna concesión al hombre; la nueva filosofía, tampoco, porque destruye su esencia. ¿Qué queda ya?

—No hagas como hizo san Agustín en su juventud, que entregó sus manos vencidas a la confusión.

—«Pido para que se me dé—dice Losada—, busco para hallar y llamo para que se me abra». Creo haber leído esto.

—«El que pide—dice el Evangelio, querido Losada—recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá».

—En París—dice Losada—intenté vivir intensamente una cultura de desconcierto, de filosofías enfermizas. Una luz negra invade a muchos jóvenes dolientes, sin ideales.

—El vasto mundo físico y espiritual es siempre el mismo; sólo hay que ir a encontrarlo y entonces participas en el poder creador de Dios.

—Sí, la frialdad estática, severa, de algunos escritores, al no estar «poseídos» por esa obra o no quererla ver.

—¿Cuál es el problema que tiene ante sí el escritor consciente, querido Ismael?

—Pues...

—¿Has publicado algo?

—Un ensayo.

—¿Y tú?

—Nada.

Saldaña y Losada continuaron andando. La ciudad los absorbió.